

Editorial

El aporte de Monseñor Romero a la paz

Hace diez años Monseñor Romero fue asesinado por las más oscuras fuerzas del mal en el país, pero su muerte fue también luminoso martirio y máxima expresión de amor al pueblo salvadoreño. Monseñor Romero permanece, por ello, hasta el día de hoy como la denuncia más poderosa de la maldad, y ha desencadenado también las mejores fuerzas del bien. Permanece en todos los corazones de buena voluntad, aquí en El Salvador y en muchos lugares del mundo. Por agradecimiento, pues, a ese Monseñor mártir y buena noticia, y por la necesidad de que Monseñor Romero siga generando vida, luz y bien, en medio de tanta muerte, oscuridad y maldad, dedicamos este número de la revista a su memoria.

1. Necesidad de agradecer y de hacer presente a Monseñor Romero

Hay que recordar a Monseñor Romero, ante todo por agradecimiento. Todos lo debieran hacer y muchos lo hacen. Nosotros, como universidad y como revista, lo seguimos recordando año tras año, pues el agradecimiento siempre fuerza a tomar la palabra.

En vida, Monseñor nos distinguió con su amistad, nos animó con el aprecio que mostraba hacia nuestro quehacer universitario y nos honró con la confianza que muchas veces evidenció al pedirnos que cooperásemos con él. Monseñor nos visitó, nos animó y nos defendió hasta el fin de sus días contra injustos ataques verbales y físicos.

A su vez, la UCA siempre lo recordó como insigne salvadoreño e insigne cristiano, y, por ello, lo reconoció agradecidamente como inspirador del propio trabajo de la universidad y de esta revista. Su palabra de verdad, en efecto, su decidido trabajo por la justicia, su tener siempre delante a las mayorías populares, sus sufrimientos sin cuento y sus esperanzas, su llegar a ser voz de los sin voz, y su fidelidad hasta el

final, eso es lo que ha inspirado y animado a la UCA, eso es lo que la UCA ha tratado de llevar a cabo universitariamente y lo que le ha dado también fuerza y valentía para mantenerse en esa tarea a pesar de tan numerosas y graves persecuciones y riesgos.

El P. Ignacio Ellacuría solía decir que "Monseñor ya se nos había adelantado" y que la UCA debía mirarse en él. Y así lo propuso de forma solemne con ocasión del doctorado honoris causa que la UCA le concedió en 1985. Aunque algo extensas, citemos las palabras del mártir Ellacuría sobre el significado del mártir Monseñor Romero para la UCA: "El otorgamiento (del doctorado) implica reconocer los méritos del arzobispo mártir, implica también honrarle en la medida de nuestras fuerzas y procurar que su presencia siga viva y eficaz, pero implica, sobre todo, un compromiso: el de hacer a nuestra manera universitaria lo que él hizo a su manera pastoral. Son dos maneras distintas, pero no dos objetivos distintos ni dos inspiraciones divergentes. Hoy como ayer es necesario seguir haciendo lo que él hacía, cada uno a su modo según sus luces y fuerzas. La Universidad, universitariamente. Por ello, la Universidad, fiel a los mismos reclamos populares que él escuchó, fiel a las exigencias dolientes de la tragedia de un pueblo, cuyo clamor se eleva hasta el cielo, fiel también a los valores fundamentales que movieron audazmente el corazón de Monseñor Romero, se propone renovar sus planteamientos, sus compromisos y sus prácticas para que en lo posible no tengan éxito quienes quisieron apartar del camino a quien decía y hacía la verdad" (ECA, marzo de 1985, p. 167).

No es pequeño beneficio para una universidad tener un espejo en el cual mirarse y encontrar inspiración y ánimo. Por ello, desde su martirio hace diez años, la UCA y esta revista siempre se han sentido agradecidas a Monseñor Romero y por ello lo han mantenido muy presente, en palabra y en obra. Simbólicamente, en 1985 la UCA construyó una capilla en su recuerdo y le concedió, póstumamente, un doctorado honoris causa para honrar su memoria. De forma más real e histórica, la UCA ha mostrado su agradecimiento a Monseñor manteniéndolo vivo en las páginas de esta revista y en otras publicaciones suyas. Lo ha intentado mantener vivo en su orientación fundamental y en el propio quehacer universitario, favoreciendo todo lo que fuese investigar, analizar y proclamar la verdad del país, propiciar los caminos de justicia y, cada vez más, la solución pacífica del conflicto, dialogada y negociada. Lo ha hecho presente, por último, en el martirio de los jesuitas y sus colaboradoras, martirio enfrentado con la clarividencia, la desvalidez y el amor de Monseñor Romero, y muestra, por ello, de que Monseñor Romero sí ha inspirado a la UCA.

Si es de bien nacidos agradecer, agradezcamos una vez más a Monseñor Romero y, junto a él, agradezcamos ahora a los mártires de



la UCA que en verdad lo hicieron presente. Pero, además de expresar agradecimiento y compromiso, esta revista y esta universidad quieren seguir manteniendo vivo a Monseñor porque su espíritu sigue siendo muy beneficioso, muy necesario y cada vez más necesario. A mayor oscuridad se necesita más luz; a mayores obstáculos, más ánimo; a mayores problemas, soluciones más poderosas. Y esto es lo que sigue ofreciendo Monseñor Romero: luz, inspiración y ánimo. Monseñor es un capital con que cuenta el pueblo salvadoreño y debe poner a producir. Muy trágico sería que, ante tanta necesidad, Monseñor Romero quedase como encerrado en las arcas de un banco, como talento enterrado, sin uso...

2. La presencia de Monseñor Romero diez años después

Que la presencia de Monseñor Romero es beneficiosa y necesaria para el país nos parece claro. Pero hay que analizar si es un capital imaginario, como algunos desearían, o un capital real que pueda ser puesto a producir. Veámoslo.

a) Por un lado, es cierto que persiste el rechazo hacia Monseñor Romero por parte de los poderosos, de sectores de la oligarquía y de las fuerzas armadas, de los que brindaron con champán el día de su asesinato y de los que siguen destruyendo y disparando contra él cuando ven su foto, tal como ha ocurrido tristemente en los cateos y en la destrucción del Centro que lleva su nombre en la UCA después del asesinato de los jesuitas. Aunque Monseñor Romero murió perdonándolos, pocas esperanzas existen de que cambie este rechazo y odio hacia Monseñor, mientras no se conviertan del pecado contra la luz, y mientras no se disipen las tinieblas que ciegan para ver el increíble sufrimiento de los pobres del país. Mientras esto no ocurra, jamás

comprenderán a Monseñor y lo rechazarán visceralmente.

Es cierto también que existe el distanciamiento hacia Monseñor por la sospecha que los poderosos han introyectado sobre él. La constante indoctrinación de la que es objeto el pueblo salvadoreño —"Monseñor Romero fue comunista, subversivo" (acusación repetida ahora contra Monseñor Rivera)— siembra sospechas, sin el contrapeso de un decidido esclarecimiento por parte de muchos líderes religiosos. Y la cultura del terror que se ha impuesto en estos años en el país, ha hecho estragos y ha inculcado el miedo a identificarse con Monseñor Romero. Recuérdese que, por tener una foto de Monseñor —o una Biblia, o una foto de Rutilio Grande, o los documentos de Medellín— han sido perseguidos muchos campesinos. Por ello se ha generado distanciamiento con respecto a Monseñor, incluso entre gentes sencillas, quienes, sin embargo, recobran su admiración y cariño hacia él, cuando se les dice la verdad y se las ayuda a superar el miedo ambiental.

Y es cierto por último, que sobre Monseñor Romero se ha cernido el silencio de muchas instancias oficiales. Que no lo mencionen oligarquías y fuerzas armadas es comprensible desde su punto de vista. Pero tampoco lo mencionan gobiernos —el actual de ARENA y el anterior de Duarte— ni la embajada norteamericana ni el gobierno de Estados Unidos, todo lo cual es muy grave cuando aquéllos dicen buscar el bien del país y propiciar los ideales tan queridos para Monseñor: la paz, la justicia, la opción por los más pobres de los pobres, la verdadera democracia... Al parecer, ni siquiera se les ocurre que Monseñor tiene algo que aportar a todo ello; aunque, si lo hiciera, verían de qué forma tan distinta pensaba y trabajaba Monseñor por esos ideales.

Y lo más triste y escandaloso es que tampoco muchos obispos lo hacen presente. No lo citan en sus declaraciones, no se reconocen deudores de su línea pastoral ni menos la ponen en práctica. Se muestran más bien como temerosos de aparecer asociados a Monseñor Romero, a no ser cuando desde el Vaticano viene alguna señal que lo permite o lo exige. Se muestran como distanciados de Monseñor en la vida cotidiana y pastoral, sin que esporádicas alabanzas genéricas cambien mucho la situación. Algunos de ellos, en privado y a veces en público, siguen tergiversándolo y, lo peor, intentan enterrar su espíritu junto con su cuerpo. Al entierro de Monseñor Romero sólo asistió Mons. Rivera. Ahora, la arquidiócesis y algunos obispos procuran, con mayor o menor convicción, seguir sus pasos; pero en la totalidad de la jerarquía salvadoreña no se ve que siga vivo Monseñor Romero.

No hay que extrañarse de este rechazo y silenciamiento de Monseñor, y no hay que extrañarse, porque el recuerdo de Monseñor, que es en directo una buena noticia, sigue siendo también interpelación, denuncia, desenmascaramiento y exigencia de conversión. Es triste que así

**Muy trágico sería que, ante tanta necesidad,
Monseñor Romero quedase como capital encerrado
en las arcas de un banco, como talento enterrado, sin uso...**

sea, pero así es. Los grupos poderosos de cualquier tipo, casi sin excepción, prefieren enterrarlo definitivamente. O prefieren dar vueltas alrededor de su cadáver —cuando hay necesidad de enfrentar el problema de su asesinato y de su investigación— más que mantener vivo a Monseñor. Y esto, que es injusto, es sobre todo empobrecedor para el país, pues le priva de una luz y de un ánimo que no provienen de ninguna parte, y así se empobrece un país que tanta necesidad tiene de todo ello.

b) Pero, por otro lado, es más cierto que Monseñor sigue vivo, inspirando y animando. "Si me matan, resucitaré en el pueblo salvadoreño", dijo él. Y es verdad. Diez años han pasado, y en esos años muchísimos han recordado a Monseñor. Los pobres le han rezado para poder sobrevivir en medio de grandes sufrimientos e incontables represiones, para mantener la esperanza que la vida, la paz, y la justicia son posibles y para mantenerse en el compromiso de que todo ello llegue a ser realidad. Sólo Dios sabe cuánto agradecimiento, cuánto amor, cuánta oración se han elevado estos años hasta Monseñor. Y así lo expresan también las celebraciones de este aniversario, más solemnes, más sentidas y más numerosas que nunca, aquí y en muchísimos otros lugares del mundo.

Quienes mantienen vivo a Monseñor Romero son, pues, aquéllos para quienes vivir es una carga pesada y aquéllos para quienes el compromiso con causas nobles exige creatividad y fidelidad entre riesgos serios. Ante todo, el pueblo, a la vez pobre y creyente, a la vez salvadoreño y cristiano, es quien celebra y hace presente a Monseñor Romero, aquí en El Salvador. Por ello, la palabra del pueblo es clamor y oración; se expresa en la calle y en la iglesia. Y es que Monseñor está muy presente en esos salvadoreños pobres que son cristianos y en esos cristianos pobres que son salvadoreños. Está presente en el alma religiosa y en el alma salvadoreña que lanza sus clamores a Dios y al mundo, ahora, sobre todo, clamores de paz. Esto es lo que simbólicamente sucedió el 24 de marzo pasado: el pueblo estuvo en la calle, en la marcha por la paz, y el pueblo estuvo en la catedral, en la eucaristía.

Esta doble presencia unificada de Monseñor Romero no es algo programado, sino que responde a la realidad del pueblo salvadoreño y también —no hay que olvidarlo— a la realidad de Monseñor. El pueblo puede, a la vez, clamar en la calle y orar en la Iglesia de la mano de Monseñor Romero, porque también Monseñor clamó y oró con todo su ser por la liberación del pueblo, con el evangelio en una mano y con la sangre de su pueblo en otra: "en nombre de Dios y en nombre de este sufrido pueblo", como dijo la víspera de su asesinato. Eso que Dios ha

unido, como decía Ignacio Ellacuría, lo salvadoreño y lo cristiano de Monseñor, no lo debe separar el hombre. Monseñor Romero está presente en la Iglesia y está presente en la calle, y es bueno que Monseñor Romero esté en la Iglesia y que salga a la calle, y es además muy necesario para que, de todas las formas posibles, el pueblo salvadoreño exija y clame por la vida y por la paz.

Además, Monseñor Romero está presente en todos aquellos que se solidarizan con los clamores del pueblo, los que trabajan para que llegue al país la verdadera vida, dignidad, justicia y reconciliación. Está presente en esa riada impresionante de grupos de solidaridad en todo el mundo, que abandonan comodidad y seguridad para servir a los pobres salvadoreños, para defenderlos aquí y en sus propios países. Está presente en esa otra riada, más impresionante todavía, de mártires, de quienes han dado su vida por amor y con amor. Está presente, en suma, en quienes construyen el reino de Dios y quienes combaten el antirreino, con verdad, con generosidad, con el mayor amor de entregar su propia vida.

En lugar de desvanecerse, pues, a pesar que pasa el tiempo y a pesar de tantos obstáculos y de tan poderosa oposición de los poderes de este mundo —rechazo, tergiversación y silencio— la presencia de Monseñor Romero se agiganta. Monseñor Romero se ha convertido ya en tradición, en presencia objetiva y duradera en la historia. Tradición universal en la cual participan salvadoreños, latinoamericanos, europeos, norteamericanos. Tradición de la humanidad en la que participan cristianos, personas de otras religiones, incluso no religiosas. Tradición corporativa, engrosada por muchos otros que viven y mueren como Monseñor. Y tradición solidaria que hace llevarse unos a otros: que los de fuera vengan aquí a ayudar y a cargar con el dolor del pueblo salvadoreño, y reciban y sean cargados por la fe, la esperanza y el amor de ese pueblo.

Como balance, puede decirse, pues, que Monseñor Romero está muy vivo y presente. Teniendo tan poderosas fuerzas en contra, es impresionante cómo se ha extendido por tantos lugares la figura de Monseñor, cómo se celebra en tantos lugares el 24 de marzo, verdadero día de guardar, cómo tantos visitan el hospitalito y su tumba en catedral, auténticos lugares santos. Y sobre todo, es impresionante la calidad de su presencia: con qué sinceridad se lo admira, con qué fidelidad se trata de proseguir su obra, y con qué gratitud se lo recibe como la buena noticia de Dios, ¡como la gran noticia de Dios!

Monseñor Romero no es, pues, un mito inflado. Es un espíritu vivo y vivificante. Y, si ello es así, es también un capital que se puede poner a producir y que hay que poner a producir. No es que sólo con el espíritu de Monseñor Romero se van a solucionar los gravísimos problemas de

El Salvador, pero sí es cierto que con ese espíritu suyo se puede facilitar su solución y que, sin lo central de ese espíritu, la solución será muy difícil o aun imposible. Los caminos seguidos estos años —tan contrarios a los de Monseñor— no han resuelto el problema, mientras que los caminos de Monseñor pueden llevar a la justicia y a la paz.

3. El aporte de Monseñor Romero a la paz

Ni durante su vida ni después de su muerte se puede separar a Monseñor Romero de la realidad crucificada y esperanzada del pueblo salvadoreño. No se puede separar al pueblo de su Monseñor ni se puede separar a Monseñor de su pueblo. Ahora, cuando la guerra se ha hecho ya realmente intolerable, con miles de muertos en combates, con decenas de miles de salvadoreños asesinados, con un millón de refugiados, con la permanente violación de los derechos humanos y la inexistencia práctica de la administración de justicia, con un espantoso empobrecimiento de las mayorías populares, no se puede separar a Monseñor Romero de los clamores por la paz. Presencia de Monseñor Romero significa hoy recoger el clamor de paz y, sobre todo, iluminar y potenciar los caminos de la paz. Para ello, Monseñor Romero dejó un testamento a seguir, el cual vamos a recordar citando algunas de sus palabras.

Los caminos pacíficos de solución

Monseñor Romero no fue un pacifista a ultranza, y comprendió muy bien la necesidad de luchar para conseguir la justicia. Llegó a afirmar incluso la posibilidad de una insurrección popular. Pero ya en su tiempo insistió en agotar todos los métodos de paz, y hoy sin duda clamaría por poner fin a la guerra. La razón es que la guerra destruye la vida y "nada hay más sagrado que la vida", decía. "Es preciso defender el mínimo que es el máximo don de Dios: la vida". Hoy clamaría, sin duda, contra la guerra y exigiría el fin del conflicto con el vigor con que exigió el cese de la represión, con el "basta ya", con el "en nombre de Dios y de este sufrido pueblo... cese la represión". Pero desenmascararía, además, la militarización de toda la vida nacional tal como ésta se ha llegado a dar: "Estamos hartos de armas y de balas... El hambre que tenemos es de justicia, de alimento, de medicinas, educación y programas efectivos de desarrollo equitativo. Si se llegan a respetar los derechos humanos, lo que menos necesitaremos serán armas y métodos de muerte".

Monseñor Romero clamaría hoy por el diálogo —como desde 1981 lo ha hecho Monseñor Rivera, y también esta revista desde mayo del mismo año. Así lo hizo ya en vida, en su cuarta carta pastoral de 1979. Aunque la coyuntura ha cambiado, sigue siendo iluminador y necesario

Quienes mantienen vivo a Monseñor Romero son aquéllos para quienes vivir es una carga muy pesada y aquéllos para quienes el compromiso con causas nobles exige creatividad y fidelidad, entre riesgos serios.

lo fundamental que dijo sobre el diálogo. El diálogo debe afrontarse, sobre todo, desde la urgencia por encontrar solución y con una decidida voluntad de encontrarla ante lo intolerable de la situación: "esto es el imperio del infierno"; y debe llevarse a cabo como el modo más humano de terminar con esa situación intolerable. Su horizonte último es la justicia en el país, "la revisión y cambio de las estructuras", para garantizar permanentemente "un mejor nivel de vida de todos los salvadoreños". Su condición indispensable es la participación de todos. Sus contenidos concretos: el cese inmediato de toda violencia, sobre todo de la propiciada por el gobierno, el cese de los asesinatos políticos, el esclarecimiento de la situación de los reos políticos y desaparecidos, la libertad de organización...

Hoy la coyuntura ha cambiado, pero los presupuestos de Monseñor Romero, siguen vigentes; en especial su espíritu de diálogo:

a) Hay que dialogar para resolver una situación de muerte intolerable. Los caminos de muerte no han puesto fin a la muerte misma, y por ello hay que buscar caminos de vida. Las armas no han puesto racionalidad en la vida nacional y ésa hay que buscarla por la vía racional del diálogo.

b) Lo intolerable de la situación hace que la solución sea imposterable, y tenga prioridad absoluta, y por ello vaya más allá de los marcos convencionales de solución: elecciones, constitución...

c) Para hacer creíble un diálogo por la paz, deben hacerse presentes signos de paz, autocontrol en acciones bélicas, y deben hacerse presentes, sobre todo, signos de absoluto respeto a la vida inocente: cese a las violaciones a los derechos humanos, al terrorismo en todas sus formas, comenzando por el terrorismo de Estado.

d) Para hacer duradera la paz, deben extirparse las causas estructurales de la represión, y de ahí la purificación de la Fuerza Armada —como lo acaba de pedir Mons. Rivera— y debe comenzar a funcionar la administración de justicia, tan inexistente hoy como en tiempo de Monseñor Romero.

Y haya quienes sutil o burdamente se oponen al diálogo, Monseñor Romero les diría: "Seamos ágiles en replantear nuestros análisis y cuadros cuando no corresponden ya a la realidad. La historia es vida y quien se mete a manipular esa vida de la historia a través de la política, tiene que ser un hombre no cerrado a sus cuadros, sino abierto para

comprender en esos cuadros la agilidad de la historia".

Monseñor Romero abogaría hoy por la negociación, no sólo por su inevitabilidad y conveniencia política, sino por su convicción de que "nadie tiene la clave, y por eso estamos sufriendo, pero entre todos la podemos encontrar". Indudablemente, en vida Monseñor Romero se hizo muy consciente de las leyes de los procesos políticos. En este caso, de que el éxito de la negociación se pone, desgraciadamente, en que cada una de las partes reciba lo máximo cediendo lo mínimo. En estas circunstancias nos recordaría utópicamente cuál es el verdadero espíritu de la negociación: "unir las fuerzas para salvar a nuestro pueblo"; hay

que sumar, no restar. Y en cualquier caso, como creyente, más allá de toda otra argumentación, nos pondría delante de Dios: "Hay perspectivas, aun humanas, de soluciones racionales. Y, sobre todo, por encima de todo, está la palabra de Dios que nos ha gritado hoy: ¡Reconciliación!"

Para Monseñor Romero el presupuesto de los bienes que trae la negociación estaba en aceptar lo bueno que existe en las varias partes. Monseñor no fue maniqueo, aunque la experiencia lo convenció de la dureza de corazón de la oligarquía y de sus servidores. Pero hoy ana-



lizarla, a su manera pastoral, todo lo bueno que se puede sumar. Y lo encontrarla también en los movimientos populares y en el FMLN, y lo ofrecería como aporte positivo —tan silenciado o tergiversado por principio—, aunque criticarla sus errores.

Desenmascaramiento de los caminos de la muerte

El poner fin a la guerra sería, sin duda, la prioridad de Monseñor Romero hoy, pues “la muerte, la sangre, tocan el corazón de Dios”, y han tocado el corazón de centenares de miles de salvadoreños. Pero recordaría también, para no volver a transitarlos jamás, los caminos que han llevado con inevitabilidad histórica a esta cruel guerra y sus crudelísimas consecuencias. Sus palabras fueron proféticas y de pronóstico certero. Si entonces se le hubiera hecho caso, si hubiera habido conversión, no estaríamos hoy donde estamos, pero no fue así y por eso estamos donde estamos.

Monseñor Romero analizó las raíces estructurales de la tragedia salvadoreña y las llamó “ídolos” que, por supuesto, son falsas divinidades, pero en “ídolos” se han erigido realidades verdaderamente existentes que se hacen pasar por Dios y no necesitan justificación, que ofrecen salvación, aunque deshumanizan a quienes les rinden culto, y que exigen sobre todo víctimas para subsistir: el pueblo salvadoreño crucificado.

Denunció, en primer lugar, el ídolo de la riqueza. “Yo denuncio, sobre todo, la absolutización de la riqueza. Este es el gran mal de El Salvador: la riqueza, la propiedad privada como un absoluto intocable”. Esto es, en sí mismo, como decía citando a Medellín, “violencia institucionalizada”, la primera y más originante de todas las violencias y la que produce víctimas por necesidad —millones de salvadoreños que no pueden sobrevivir. Y si esto es así, mientras no se erradique la injusticia, se podrán detener los conflictos violentos, pero su raíz siempre estará ahí.

Denunció el ídolo de la seguridad nacional, la violencia de la Fuerza Armada y de los grupos paramilitares al servicio del primer ídolo, que siembra el terror entre quienes lo desenmascaran y lo combaten. Este ídolo ha producido 70,000 muertos, 5,000 desaparecidos, muchísimos capturados y torturados. Mientras este ídolo siga campante —aunque su actuación sea “estratégica”, según lo exijan las conveniencias de una guerra sucia o de una guerra de baja intensidad— no sólo subsistirá la muerte, sino también la semilla de una reacción violenta.

A las organizaciones populares les habló claramente de sus limitaciones y criticó sus errores; y hoy lo haría con más fuerza con las organizaciones político-militares. Monseñor Romero comprendió su

**Monseñor Romero clamaría hoy, sin duda, contra la guerra,
y exigiría el fin del conflicto con el vigor con que exigió
el cese de la represión, con el "basta ya",
con el "en nombre de Dios y de este sufrido pueblo...
cese la represión".**

surgimiento, las defendió contra la represión e innumerables ataques injustos, denunció a sus opresores, aprobó y potenció todo lo bueno que en ellas había por justo, por popular y por cristiano, pero les avisó también seriamente del peligro de convertirse en ídolo. Por ello, por el peligro real y realizado, les exigió no absolutizar lo político-militar y ciertamente no sólo lo militar, no olvidar la absoluta supremacía que tiene el pueblo sobre los cuadros y sus vanguardias, no exclusivizar la lucha popular como único modo de ayudar a la solución del país. Y les exigió, por supuesto, no usar las acciones terroristas y no hacer nunca una mística de la violencia.

No hace falta, desde luego, ser profeta para ver que los dos primeros ídolos sólo pueden llevar al desastre al que han llevado, ni que la reacción popular —una vez estallado el conflicto y desencadenada la guerra— caería en los graves peligros anunciados por Monseñor. No se trata, pues, de asombrarse de la clarividencia de Monseñor —eximia, por lo demás— sino, sobre todo, de aprender del pasado para tenerlo presente en las soluciones que hoy se buscan con el diálogo-negociación, y de aceptar que por esos caminos sólo le esperan al país más calamidades.

El espíritu con el cual construir la paz y la justicia

A la luz con que iluminó las raíces y soluciones de nuestros graves problemas, Monseñor Romero añadió el espíritu que potencia el trabajo por la paz, espíritu que ejemplificó él mismo de forma insigne y que ofreció a todos.

El trabajo por la paz debe estar basado en la verdad, y Monseñor Romero fue un apasionado buscador y proclamador de la verdad, porque era un ser humano cabalmente honrado y honrado creyente, y por su convencimiento de que la verdad humaniza y nada bueno perdura si no está basado en la verdad. La verdad, además, está en favor de los pobres quienes, a veces, es lo único que tienen a su favor. Esta voluntad de verdad es sumamente necesaria para prevenirse de autoengaños y malos cálculos, tan frecuentes en los dos bandos en pugna, pero es necesaria también ante la falsedad institucionalizada de los poderosos y ante la propaganda en que fácilmente caen los revolucionarios. Pero, además, necesaria para que el diálogo-negociación vaya a buen puerto. Monseñor Romero lo diría hoy con sencillez: hay que hablar

desde la verdad y con la verdad. Y, añadiría, el verdadero protagonista del diálogo-negociación tiene que ser el pueblo salvadoreño, y por ello, los interlocutores inmediatos no tienen tarea más urgente que recoger y expresar la verdad de ese pueblo. "Yo creo que el obispo siempre tiene mucho que aprender del pueblo", decía de sí mismo. Y se consideraba realmente portavoz del pueblo: "Estas homillas quieren ser la voz de este pueblo. Quieren ser la voz de los que no tienen voz".

El trabajo por la paz debe estar guiado por la justicia, pues, sin ella, ninguna paz será duradera. Pero esta justicia, ante tan prolongados e increíbles sufrimientos, debe hoy estar transida de misericordia. Verdadera misericordia ante pueblos enteros crucificados significa, sin duda, justicia. Pero, a su vez, la justicia tiene que ser propiciada con misericordia, sobre todo después de diez años de guerra cruel. Esto significa no pactar nunca con el dolor del pueblo, no considerarlo simplemente como el costo social necesario para una revolución, ni, por supuesto, infligirlo o mantenerlo para perpetuar estructuras y privilegios injustos e inhumanos. Misericordia significa tener siempre ante los ojos el sufrimiento del pueblo y tenerlo como cosa última, que relativiza todo lo demás sin subordinarlo eficazmente a intereses personales, de partido, de organización popular, de gobierno, de fuerza armada o incluso de Iglesia. Esta difícil misericordia es la que ejerció Monseñor Romero. Monseñor se dejó afectar hondamente y últimamente por el sufrimiento del pueblo, se compadeció de él, aprendió a padecer juntamente con él y, sobre todo, a hacer de ese sufrimiento algo último infinitamente superior a cualquier otro interés. Nada de eso quitó vigor a su lucha en favor de las mayorías populares. La potenció más bien, pues le otorgó credibilidad ante ellas e iluminó la dirección de su trabajo a seguir. "Según les vaya a ellos, al pueblo, la Iglesia irá apoyando uno u otro proyecto político".

El trabajo por la paz debe ser hecho con esperanza, tan difícil en estos momentos. Históricamente, la esperanza depende de que converjan los diversos intereses de muchos en el país y de la situación geopolítica. Pero también se puede generar esperanza desde lo positivo que ha mostrado ya el pueblo salvadoreño: su aguante, su creatividad en todos los niveles, su fe y su amor... Monseñor Romero era hombre de esperanza y la comunicaba: "Muchas veces me lo han preguntado aquí en El Salvador: ¿qué podemos hacer?, ¿no hay salida para la situación de El Salvador? Y yo, lleno de esperanza y de fe, no sólo con una fe divina, sino con una fe humana, creyendo también en los hombres, digo: sí hay salida". La propia esperanza vive del amor; el comunicarla, de la credibilidad; el mantenerla, de la fortaleza. Monseñor Romero vivió insigne todo ello y por eso pudo comunicar esperanza: "Sobre estas ruinas brillará la gloria del Señor".

4. Pongamos a producir a Monseñor Romero

El que se haga real esa esperanza, la paz en El Salvador, va a depender de muchas cosas. Ahora va a depender mucho del anunciado diálogo-negociación, y el éxito de éste depende de muchas otras cosas, por supuesto. Pero si tan necesaria es la paz, hay que poner a producir todo lo que lleve a ella, y sin duda lleva a ella la clarividencia y el espíritu de Monseñor. El aporte específico de Monseñor Romero a la paz, es, en definitiva, el aporte del amor, lúcido y lleno de espíritu. Quien ama al pueblo salvadoreño más que a sí mismo, más que a sus intereses grupales, ideológicos, políticos o eclesiales, buscará y encontrará caminos para la paz. Los buscará de una manera u otra, y cuando los encuentre usará todas sus capacidades, su inteligencia, su tiempo, sus recursos; pero no acabará en la indiferencia, ni se contentará con lamentaciones, ni pactará con el increíble sufrimiento del pueblo. Por el contrario, vivirá y se desvivirá por la paz. "Con este pueblo no cuesta ser buen pastor".

Para todo ello, el recuerdo de Monseñor Romero sigue siendo muy beneficioso y muy necesario, de modo que, si no hubiera habido un Monseñor Romero, habría que inventarlo. Pero Monseñor Romero vivió en verdad en tres bienaventurados años como arzobispo de San Salvador. Su espíritu está ahora realmente presente en el pueblo salvadoreño y en muchos otros lugares del mundo, engrosado por el espíritu de tantos otros pobres, creyentes y mártires. Por todo ello no queda más que ponerlo a producir. "Que no tengan éxito quienes quisieron apartar del camino a quien decía y hacía la verdad", citábamos antes a Ignacio Ellacuría. Que tengan éxito quienes lo introducen en el camino de la historia salvadoreña, deseamos nosotros. Nada es ahora más necesario ni más beneficioso.